

Pablo Picasso o la estética de la tolerancia

José Angel LOPEZ HERRERIAS (*)

Podíamos comenzar con el «Guernica», pero puede que sea antiestético. Al menos, porque lo estético está ligado a la capacidad creadora y tal comienzo sería maniaco y rutinario. Como lo estético, Picasso, que no se agota en el «Guernica», proyecta aspectos de mayor sugerencia. De más tolerancia.

¿Cuántas veces se ha dicho que Pablo Picasso, el hijo del mundo, presente a la luz en el Mediterráneo, abrigo fenicio, malacitano, hizo de la creatividad profesión, y de la ruptura, rutina? Demasiadas para repetirlo y traicionar el espíritu del arte.

Por eso, cuando de recordar los cien años de haber nacido se trata, y casi centenario en su muerte, aún parece ayer los ocho de su fallecimiento, puede ser picassiano recobrar de su obra una soterrada lección por aprender.

Picasso puede aprendernos la tolerancia. El conjunto sociocultural español en el «n» reencuentro con la manera democrática de ligar la vida, tolera aceptar nuevas formas de hablar, convivir, dialogar, pensar, amar... Requiere una nueva estética. Una nueva manera intuitiva, fresca, sagaz, ingenua, agresiva, noble y sencilla de saber de los demás y de la vida. Una nueva estética. De la tolerancia.

ANTES Y/O DESPUES DE LO ETICO Y RELIGIOSO

Cada cultura, más o menos dominante, y las subculturas, danzarinas, más o menos dominadas en torno a aquélla, crea el código lingüístico con el que decir las cosas y los demás. Hay tiempo en que ciertos decires no están de moda. No hay que renunciar a ellos, pero no están de moda. Puede hasta que puedan clasificarse valorativamente las culturas según el rango establecido que se dé a cada tipo de decir.

En el asunto que nos entretiene es sencillo ver que nos referimos a un decir estético, ético, religioso.

Si la situación, al menos, como valor, es el proyecto que alimenta una cultura y ésta dispone los medios más o menos adecuados para atisbar ese proyecto, no parece viable que educación y cultura tengan hoy una fuerte impronta de eticidad y religiosidad.

Los grupos pueden convenir o no vivir en respeto, libertad y tolerancia. O, por el contrario, desfondados y hastiados, imponerse salvajemente a los demás. Pero el oído musical perdido no capta decires de «deber ser» o de «generosa entrega fiel».

No predomina en nuestra constelación cultural, ni en la «estructura congelada» —curioso y actual título de canción— de nuestro decir el mundo, las razones de otras épocas, pendientes de grandes garfios sostenedores del mundo.

Vivimos tiempos de sensaciones, de sensibilidad, de primeros impactos, de fulgurante inquietud, de mezclas instantáneas. La vida se nos ha hecho imagen. Si en otros tiempos, el mundo fue silencio, o música, o sombra, o espacio abierto, o altura, hoy nos hemos metido en el «marco de la referencia» de un marco que nos enmarca. El marco se ha hecho fondo y nuestro encorsetamiento mecánico, forma. Nos hemos quedado sin mensaje. Casi hemos desaparecido como seres para que cobre actualidad y vigencia la cosa, el marco, la imagen creada. Cultura de la sensibilidad, de la estética, de los sentidos, en que una imagen vale más que mil palabras, porque la palabra o es un grito, o un desgarrar, o un repudio o un engaño. Nos domina la estética en una cultura de sensibilidad, olvidada del deber y del ser. Lo curioso es que cualquier estética también vehicula dimensiones éticas y religiosas. Pero parece que conviene alertarse de cuáles sean y el por qué de ese fenómeno. Parece que buscamos reencontrarnos como humanos en un nivel, en una dimensión más auténtica y ajustada. Más antropogénicamente rica. Sigamos hacia la enseñanza de Picasso.

LO ESTETICO, LO ETICO Y LO RELIGIOSO

Cualquiera diría que estamos concluyendo en el naufragio. Sin las perchas «referentes» de lo metafísico, la sensibilidad de lo inmediato nos ha dejado desprovistos de poesía, de excelencia, de grandeza.

Lo excelente venía unido a lo esforzado, y esto tuvo su tiempo délfico y religioso. Nos hemos depurado de ídolos venidos de manos «sospechosas» y ahora, solos, estamos en el trance de la reconstrucción. Vivimos el entreacto de la crisis. La fisura amarga y pertinaz de la inconsistencia. Vueltos a la fuente sensible de nuestro vivir, desprovistos de esquemas, corremos el riesgo de «hacernos» mal.

El conjunto de nuestra sociedad, así se refleja también el sistema escolar, subconjunto de aquélla, padece fuertemente, los temblores de las fisuras. ¡Largos siglos de dogma han sellado nuestro campo neuronal! Por defender un dogma, ni siquiera «eternificado», sino cotidiano, se nos convierten las amapolas en fogonazos destructores, donde el trigo en espiga de la convivencia se nos angosta.

Pablo Picasso es una posibilidad vibrante y ahí, real, de que podemos hacernos, entendernos, superarnos, sernos, de otra manera.

Vivo desde el nuevo sople organizativo de la concidencia en democracia, los intentos de los individuos y de los grupos por plasmar aquélla y siento el escaso aprendizaje realizado. Somos aún, todavía, será de otra manera, porque depende de nuestro esfuerzo y ése será posi-

(*) Doctor en Filosofía. Inspector de Bachillerato.

tivo, una democracia formalmente organizada y estructuralmente diseñada desde el Estado. Ciertamente que eso está sostenido desde la sociedad y más o menos auténticamente potenciado desde el andamiaje institucional, pero aún nos queda mucho que profundizar, revitalizar, y realizar en la vida cotidiana.

Aún no hemos superado los celos, las sospechas y las envidias, aún no tenemos clara conciencia de que el pensar y el hablar son teñidas formas de pintar lo que vivimos, aún nos faltan corrientes vivas de aire generoso, positivo y alegre, aún tenemos que reunirnos para hablar más y más, para hablarnos de entendernos, de amor, de alegría, de confianza y de convivencia.

Cuando un pueblo, ese es nuestro caso, ha aprendido demasiado de tribunas délficas, de púlpitos tonantes, de cátedras caciquiles, de tribunos, señores de vida y haciendas, la fisura es temible y provocada, insuperable, al menos, difícil.

Nuestro pueblo ha tenido demasiados imperialismos. No sólo los imperios del poder político y los colaterales, que de poco le sirvieron, sino los dominios del espíritu, de aquello que le hizo dependiente, nervioso, taciturno, iracundo y un tanto desligado de saber vivir.

Hoy, liberado de esos imperialismos —en camino de—, se encuentra sólo en el mundo —no demasiado— con su piel, «arrojado a la estética», con escaso modelo o carencia de pautas de por dónde seguir.

¿Tal vez, Picasso, esteta de nuestro espacio y de nuestras tragedias, nos proyecta algún útil modelo? ¿El de la tolerancia? Veamos.

¿PARA QUE LA TOLERANCIA?

Antes, ¿qué vemos cuando decimos tolerancia? El mundo angular y espléndido. La maravillosa posibilidad de que cualquier cosa pueda ser dicha con vario colorido, con diferenciada insistencia, con clarividente matización.

De entrada, si el mundo fuese la unívoca dicción de una exclusiva objetividad, mejor hubiese sido la mudez de la lengua y la rígida imposible parálisis de la muñeca.

Un poco más allá, tolerar no significa ni identificación, ni primacía, ni superioridad, ni olvido, sino algo magnífico. Algo positivo, grandioso, apolíneo, erótico. Algo sublime. Como sonreír o amar. La sonrisa de un niño o el amor de quien tuvo la suerte de «saberlo».

Tolerar, más o menos, significa «tomar» radicalmente al otro como tal otro, independiente, autónomo, al margen de lo dicho, de lo expresado, de lo que se piensa. Algo así como la pintura de Picasso. Sin saber lo que pinta, el objeto, la pura creación del color, de la forma renovada, dislocada, de lo inventado, nos traspone sobre la cosa. Independientemente del chiste sobre sí el «Guerinica» es una fotocopia, por ser tan famoso y en blanco y negro. ¿Cómo es posible?

Tolerar exige hacer de la estética una profunda vivencia ética y religiosa, no heredada, sino revitalizada, hecha en libertad y autonomía.

A veces, de tanto decirlo, las palabras se nos convierten en huéspedes y no significamos lo que decimos. Aún eso no ha ocurrido con la imaginativa y poderosa pintura de Picasso. Sin embargo, sí parece que ha ocurrido con «el otro». El instinto, la razón competitiva, la lucha por seguir siendo pese a los demás, no con los demás, nos impide reconocer de pleno al «otro como tal otro». Nos importa más una idea, un estereotipo, una presunta información sobre alguien, un temor, una sospecha, que la noble y radical apertura ante los demás.

Mantengo la esperanza de que eso es posible. Así como Picasso nos hizo posible ver el espacio que nunca

habíamos visto, sentir la realidad bella, embellecida, en formas y dimensiones irreales, proyecta la esperanza de que el hombre también es imaginable siendo «radicalidad apertura» y no «ciega negación».

Tendrán que pasar cosas, tendrán que darse las condiciones objetivas convenientes, tendrá que renovarse la fuerza impetuosa e indomable del espíritu, pero el hombre vivirá con los demás con una nueva sensibilidad, con una nueva estética, antes y después, por encima, de los estilos de otros tiempos y culturas.

No hay ninguna razón, sino ideologías de dominancia y de angostamiento vital para hacer impensable que el hombre de la «razón competitiva» no pueda pasar al «hombre de la razón solidaria».

Ligados al pragmático mundo de lo concreto, muchas veces preferimos el diario estar con las cosas a punto de acabarse el sentido, que el apostar utópico por algo radicalmente nuevo. Picasso, claramente, fue el esfuerzo de una decisión por no volver al primitivismo de muchísimos años atrás. El hombre instinto, el hombre casi silencio en su incipiente diálogo con el mundo y los otros, no podía apostar por lo utópico con el contenido actual, pero también fue un esfuerzo por realizar el hombre. El hombre inagotable en la palabra, en la relación, en el diálogo que podemos ser.

Pablo Picasso intuyó con toda claridad que su «quehacer humano» no estaba en repetir más de lo mismo, como se siguen las lechugas o los topos, sino por hacer la irrepetible experiencia personal de ser él. Y escogió su libertad.

La libertad de la razón actual del hombre puede que sea la tolerancia, la aceptación del otro, la radical apertura a la vida con los demás. El camino hacia la razón cooperativa.

Cierto que esa es la utopía del hombre actual. Válido que esa es la estética atrevida que probablemente tenemos que ser capaces de imaginar, recrear, observar.

Aún, desde la escuela, cómo no, aprendemos a vivir el instinto refinado de la competencia, de la cerrazón, de la reacción negativa, del dominio útil de los demás. Aún se nos hace imposible pensar que podamos, que debamos lanzarnos al turbulento río social con otra actitud y vitalidad, que no sea la de defendernos, la de reponder con las mismas cartas a los impactos negativos, dominantes, refinados, utilitarios. ¿Quién ofrece la experiencia de su vida para presentar nuevas formas de «humanizar»? Hay que estar estéticamente en otra galaxia. En la exterioridad del mundo, fuera de sitio, para elegir lo renovado, lo innovador, lo nuevo en la experiencia humana: hacerse referencia personal del otro, sin más valores de mediación, de rentabilidad, o de uso.

En eso consiste la tolerancia. Con esa perspectiva es posible acercarnos a la situación de convivencia en que es pensable superar las crisis, las tensiones, las hipocresías, las sin salidas del momento actual.

Tolerar no es la sutil añagaza sentimental de quien parece no pensar, no decidir, no saber, no opinar, no valorar, para sembrar en el contexto el imperio de la sin razón, de la dominación, del «como sí». Por el contrario, tolerar es el enorme esfuerzo personal por embridar la carga aprendida de racionalidad instintiva, utilitaria, dominadora, para convertirla en razón cooperativa y dialógica. Sólo, como la nueva estética que nos ofrece un nuevo campo perceptivo inimaginado previamente, pero una vez alcanzado posible, en la estética de la relación humana tolerante se hace presente la realidad y la experiencia alcanzable.

La tolerancia no es un capricho, ni una moda democrática, ni una ideologización de los poderosos para seguir manteniendo, eso sí, con ciertas limaduras, el poder.

Tolerar es hacer pensable y real que el hombre puede vivir con los demás en comportamientos y estilos de vida que abran el boquete necesario para superar los actualmente insuperables problemas del hombre por la vía convencional.

LA ESTETICA DE PICASSO

Ese es el papel de la estética de Pablo Picasso. Haber abierto un definitivo e inagotable laberinto a las formas perceptivas y estéticas de la experiencia cultural europea y mundial.

Con Picasso nada de lo trillado, nada de lo manido se mantiene. Como se ha dicho de los grandes hitos de la creatividad humana, de los hombres geniales que supieron amar más que los demás, porque no se angostaron en el camino trillado de lo constante, de lo fácil, Picasso prolongó años luz la captación de la imagen, del color de las posibilidades de nuestro temblor estético, de nuestra sensibilidad.

Frente al figurativismo, a la representación de las cosas como se nos presentan, frente a la acomodación fotográfica, más o menos perfecta y bien tratada de la realidad, Picasso, en la cumbre de la ola de los avatares humanos, nos da el trémolo fagonazo de por dónde conquistar libertad y afirmar nuevas posibilidades de expresar y comunicar el sentir humano.

Curioso, que haya tenido que ser desde Málaga, dulce-mente arrebatado por la hercúlea neblina de la mágica Galicia, pasado por la abierta Barcelona y deslumbrado y sugerido por la ingente borrascosidad de la fauna parisina, curioso digo, que haya tenido que venir de la oscura España, de la difícil España y de la tanática España —el tres veces España no pretende ninguna simbología; no obstante, es un signo a «pintar» cada uno como quiera—, la reacción más sugerente y universal por la libertad, por la búsqueda, por la utopía, por la tolerancia. Se ha vuelto a manifestar el esquema de la compensación, de la sensibilización. Pocos pueblos, pocos grupos en sus diferentes clases, podrían sentir la conveniencia consciente o inconsciente por producir y descubrir este mensaje. El soplo de la liberación, el traumatismo de buscar, ensayar, provocar nuevos caminos, maravillosas formas de entenderse con la vida.

En la estética de Picasso no hay más barrera que las limitaciones de una imaginación, de un vibrar, de un querer ser nuevo, necesariamente cansable, agotable y, por supuesto, ligable a situaciones culturales determinadas.

Y, para eso, es prodigioso, como en las figuras de Picasso, en todos sus cuadros, en todas sus manifestaciones, coloristas o duras, ambiciosas o sencillas, se percibe la vibración interna de una erotización indomitable.

No importa que la lectura freudiana o lacaniana, o el análisis estructural, puedan darnos explicaciones de esa frenética manifestación más o menos ligada con carencias o saturaciones «vergonzantes» o no de nuestro ámbito cultural. Que si el influjo del padre, que si la dominancia de la madre, que si la reacción por negación del excesivo mimo, que si la búsqueda fagocitosa de sensaciones por carencia acumulada en su primera infancia... Siempre será interesante hacer la explicación arqueológica de cualquier presencia humana. No obstante, lo maravilloso es que ese objeto explicado no se agota en la explicación, sino que se convierte en hecho aparte, en un trozo de cosmos que comienza a tener vida propia y a influir en todas las sendas de la realidad.

La estética de Picasso es la gran lección de la libertad, de la possibilitación. Si el hombre requiere hoy un nuevo

estilo, puede afirmarse con cierta garantía de aquiescencia, que ese nuevo «proyecto» recorre la idea de possibilitación. Hacer posible nuevas formas de pensar, entender, proyectar, sentir, realizar, aunar, la vida.

Desde hace lustros se nos vende la inquietud de que le problema del hombre actual es un problema de imaginación. «La imaginación al poder» se nos vendió en la comercialización del «mayo francés del 68».

Aunque el intento sea precisamente domeñar esa presunta imaginación poderosa y desligada que acabaría con la falsedad dominante, el fondo del mensaje es radicalmente válido y cierto. Y es el mensaje picassiano. El hombre es un ser capaz de inventar, de superar los campos experienciales de su perceptividad, de su conexión con el mundo y puede hacer lo proyectado, y lo proyectado puede ser algo insospechado, inaudito, imprevisible, inimaginado. El hombre puede superarse, imaginar y crear.

Decididamente no nos lo creemos: Nos lo decimos a diario, precisamente para calmar la conciencia falsa de viviros rondando tan magnífica frase en el más borroso e indeterminado de los letargos. El letargo de que nos parece mejor seguir gustándonos de las insipideces y turbulencias de la cotidianidad acelerada, que del pensamiento de cambiar radicalmente de perspectiva. Preferimos seguir pensando que los demás son nuestra utilidad, que ponernos radicalmente personas con los otros.

Volvemos constantemente al ejemplo de los «otros», porque la dimensión estética de la tolerancia que aprendemos, la estética que nos recupera una nueva eticidad y religiosidad, autónomas y auténticas, se condensa en la experiencia de las relaciones humanas, la del encuentro con los demás. Es ahí donde la posibilidad de ser humano que cada uno es al nacer de la especie humana se concreta y configura y es ahí donde adquiere pleno sentido el esfuerzo y la alegría de vivir la vida: mejorando las relaciones con los demás. Mejoría que es de profundización: cada otro es irrepitiblemente un misterio que no podemos reducir a coordenadas valorativas y a estrechos esquemas de opinión, siempre domesticados por el sistema entorno.

Es posible realizarnos de nueva manera y es alcanzable que esa nueva manera supere el estado de «conciencia inocente» de utopía irrealizable, para pasar a ser «animosidad utópica concreta».

TOLERANCIA EN LA ESTETICA DE PICASSO

Sólo si queremos hacer pesado este pretendido engarce estético entre la pintura de Picasso y el progresivo vivir humano, cultural y español, tendremos que seguir en la pauta de recordar el maravilloso esfuerzo del que-hacer de nuestro pintor.

Más que importarnos los temas, los asuntos, los matices de su pintura, nos importa resaltar, como por otro lado venimos haciendo, que en Picasso lo más iluminador es su proceso personal, su inagotable despertar para la creación, su captación de la vida como experiencia de sobresalto, su huida constante y frenética de la monotonía, su radical enfrentamiento con la burocratización de la vida.

En Frankfurt han escrito mucho sobre el diagnóstico y terapia de nuestra sociedad burocratizada. Se ha alertado ampliamente precisamente porque es un fenómeno dominante. Los intelectuales siguen fieles a su papel primario, conveniente, pero casi siempre final, de «reconstruir el mundo». Repetirnos mil y una vez que vivimos un mundo burocratizado. Se nos han «burocratizado» las actitudes, se nos han cargado las alas y las comisuras

de los labios de nuestra sonrisa de quehacer rutinario y podenco. Tendemos a mirar nuestro derredor con más de lo mismo. Casi nunca con algo de ímpetu, de espíritu, de novedad. Por ejemplo, el mundo, los hombres, no requieren mucho más de lo mismo, en cuanto bienes, cosas, abundancias, carencias, limitaciones, saturaciones, sino con algo más de algo distinto, de amor. Ocorre que aún no hemos descubierto casi nada más del amor.

Preferimos mantenernos en el orden alcanzado de lo que está, aunque de cuando en cuando rechine, aunque de cuando en cuando nos parezca que lo superamos a base de jugarnos medias jugadas, que apostar de bruces por el planteamiento desburocratizado de la libertad, del querer ser, de la propia afirmación de uno mismo desde el centro existencial inabordable de la propia autonomía y de la permanente aceptación del «otro», sin más, como tal «otro».

Probablemente, nuestra sociedad y nuestro sistema escolar, en relación de macro y micro-cosmos de una forma de haber cristalizado histórica, requieran para su adecuado estar en el tiempo elevadas dosis de desburocratización. Siento cierta pena, compatible con el radical respeto a las opciones de todos, cuando vivo de aquí y allá que las posibles soluciones de problemas de siempre se quieren atisbar con más dosis de burocratización. Con más dosis de privación de libertad, autenticidad, autonomía.

Si en algo es negativo «la vivencia administrada de la vida» es que precisamente la vida es presencia de creación, es dominio de autenticidad.

Cuando grupos sociológicos se organizan, se otorgan el contrato de la aceptación sumisa al poder de unos, que de forma muy ordenancista planea la convivencia, aunque aparentemente logre ciertos éxitos momentáneos, está empobreciendo para generaciones el sentido vital, la efervescencia inevitable de lo que es la vida. Y contra eso no se puede ir.

Por eso, decía, que siento pena cuando en nuestro derredor veo surgir un sistema escolar, un ámbito educativo, en cuyo ánimo y estilo predominan y se benefician actitudes, conductas, estilos burocráticos.

¿Cómo definir lo burocrático? Difícil pretensión. Podemos intentar que se burocratiza la vida cuando se cumple el criterio general siguiente de una manera constante: se decide siempre en favor de las soluciones o alternativas más inmediatas, concretas, para salir del paso, utilitaristas, mediales..., sin tomar en consideración las perspectivas más sugerentes, dinámicas, inquietas...

De forma concreta se nos burocratiza la vida, se nos enquistada la estética del descubrimiento, de la tolerancia,

cuando, pegados a la letra de un estereotipo, de un convencionalismo, de una rutina, quemamos nuestras energías en hacer que se mantenga esa formalidad, que en cualquier caso es hoy letra muerta de nuestra cultura hace siglos. Que pudo ser letra viva, pero que hoy es un fósil.

El gran criterio iluminador de esa desburocratización proyectada pasa por el contexto personal del encuentro con los demás. Es el gran talismán del «deber ser» y de la «gran esperanza del ser» —desde la estética de la realización se nos descubre la eticidad y la religiosidad de lo auténtico—, lo que se nos presenta cuando nos entregamos a la vida como la radical experiencia de nuestro descubrimiento. En esto debería consistir el esfuerzo de la escuela-educación, más que en mantener la burocratización sellada de un pasado informativo, que en todo caso son nuestras alforjas, pero nunca nuestra luz. En todo caso, nuestra plataforma para iniciar el proceso, pero nunca nuestro final. Picasso vivió la pintura anterior, saltó y descubrió nuevas formas de vivir y sentir lo bello.

El hombre actual, el sistema escolar educativo en que se educa, tienen que corregir las inocentes hipocresías de los tan manidos problemas sin fisuras, cambiando el estilo de los planteamientos. Pasar del límite de lo vivido, que encierra, al ánimo creador, libre y respetuoso de lo que se proyecta, imagina y crea.

Si, básicamente, en los encuentros con los demás, la razón dominante de la competencia regula nuestra conducta, todo lo otro es hojarasca falsa de conductas torpes que históricamente siempre se emponzoñan con violencias. Es en la experiencia de vivir con los demás donde sin falsos esquemas de sobrevivir mientras lo digo se aprende y realiza la conducta tolerante que, ¿por qué?, nos puede interesar.

¿Interesar? No importa. El salto puede ser demasiado peligroso. También la constante realización estética de Picasso siguió pasos de «prudencia», de equilibración. Lo que importa es la actitud de querer ser persona tolerante.

BIBLIOGRAFIA

No parece muy estético citar tratados en torno a lo escrito. No obstante, se puede acompañar, para suavizar las líneas precedentes, con la contemplación de obras de Picasso, la lectura de poemas, la presencia irreplicable y siempre diferente del vuelo de un pájaro, o el movimiento de una mano...

NOVEDADES

Colección libros de bolsillo de la revista de educación



N.º 14. LA RADIO AL SERVICIO DE LA EDUCACION Y EL DESARROLLO.

Los autores de esta obra, Dean T. Jamison y Emili G. McAnany, examinan las posibilidades de la radio en el campo educativo y en la comunicación para el desarrollo.

Formato 12×18 cm, 294 páginas, 500.— Ptas.

N.º 15. HISTORIA DE LA EDUCACION EN ESPAÑA. TOMO III: DE LA RESTAURACION A LA II REPUBLICA.

La obra está dividida en dos partes fundamentales, la primera referida a la legislación existente en el período que abarca, desde el Real Decreto de 29.7.1874 sobre el ejercicio de la libertad de enseñanza, hasta el Real Decreto-Ley de 19.5.1928 sobre la reforma universitaria. En la segunda parte, se recogen una serie de documentos de personalidades relevantes en la docencia o política educativa de la época estudiada, como Gumersindo Azcárate, Padre Manjón, Joaquín Costa, Conde Romanones, etcétera..., así como otros textos, estatutos, informes, que marcaron el desarrollo de la educación.

Formato 11,5×cm, 400 páginas, 750.— Ptas.

Edita: Servicio de Publicaciones del Ministerio de Educación y Ciencia



Venta en:

-Planta baja del Ministerio de Educación y Ciencia. Alcalá, 34. Madrid-14. -Paseo del Prado, 28. Madrid-14.
-Edificio del Servicio de Publicaciones. Ciudad Universitaria, s/n. Madrid-3. Teléfono: 449 67 22.